

R A C O N T O S

SERGIO VODANOVIC

La historia volvió a repetirse. Ya había sucedido con Ariel Dorfman, que quiso darle al público de su patria el privilegio del estreno mundial de "La muerte y la doncella". La obra fue un fracaso entre nosotros, mientras era aclamada en estrenos posteriores en Londres, Nueva York y las principales ciudades del mundo. Sólo cuando nos llegó la versión cinematográfica dirigida por Polanski, los chilenos reaccionamos y fuimos a verla y aplaudirla.

Con "El postino", la película basada en la obra "Ardiente paciencia" de Antonio Skármeta, sucedió algo similar. Cuando se estrenó en los cines de Santiago, lo escaso del público que asistió a verla obligó a retirarla de la cartelera a la semana de su estreno. Pero cuando se supo que "El postino" estaba nominada en cinco rubros para obtener el Oscar, la gente acudió a verla.

Es que en Chile, no obstante nuestros dos premios Nobel de Literatura, desconfiamos de nuestros escritores y artistas. Creemos sí que nuestra fruta es la más sabrosa, nuestras mujeres las más lindas y nuestros mariscos los más exquisitos. Pero no pasa lo mismo con nuestros escritores y artistas. Tienen que decirnos desde el extranjero que son talentosos para que les creamos.

El mensaje de "El postino"

La transmisión por televisión de la entrega de los Oscar este año, debe haber sido la de mayor rating en relación con la de años anteriores. Existía la expectativa de saber qué sucedería con "El postino". El hecho de que, a la postre, sólo recibiera el Oscar por su música debió haber frustrado a muchos, pero a otros debió haberlos aliviados. Con el tradicional y autóctono chaqueteo chileno, más de alguno debió haberse alegrado: "No vaya a ser cosa que este Skármeta se crea un gran escritor si le dan el Oscar", se habrán dicho.

Sin embargo, con o sin Oscar, "El postino" es una gran película y lo es básicamente por la historia que ideó Skármeta, por esa relación llena de matices que se entabla entre un ignorante cartero y un gran poeta. Una relación que simboliza con magistral penetración la forma en que la literatura puede enriquecer la vida de la gente simple. Lo es también por la excelente



interpretación que Philippe Noiret hace de Pablo Neruda. No se le parece físicamente, pero hay algo en sus ojos, en sus movimientos en su sonrisa que hace recordar la íntima personalidad del poeta de Isla Negra.

Pero hay algo peculiar en esta adaptación de la obra de Skármeta que no se encuentra en el texto original o que, si lo está, no tiene la fuerza que adquiere en la versión cinematográfica. Tal vez sea porque se trata de una película producida por norteamericanos aunque los escenarios e intérpretes sean

italianos.

Cuando terminé de ver "El postino" tuve la muy clara convicción de que el comunismo había muerto, que era cosa del pasado. Ni la destrucción del muro de Berlín ni el desmembramiento de la Unión Soviética me habían entregado esta clara certeza como me la entregaba "El postino".

Porque después de décadas de ver películas norteamericanas en que los comunistas eran los malos, de pronto me encontraba con un filme que era dirigido y

producido por estadounidenses, que permanecía largo tiempo en la cartelera de los cines norteamericanos y en el se mostraba a un poeta comunista como un ser idealista, sufriendo persecuciones y exilio por causa de su pensamiento marxista y, más aún, mostrándonos cómo la redención, la superación y la plena realización de un hombre modesto y torpe como lo era el cartero, se producían cuando él abrazaba la causa comunista, influido por el ejemplo del poeta.

Si productores norteamericanos podían embarcarse en tal elogiosa visión del comunismo, si el público norteamericano hacía colas para ver y gozar esta historia, ello significaba, a no dudarlo, que el comunismo había dejado de ser un peligro, que se podía tener ahora una mirada retrospectiva de simpatía por lo que no hace mucho concitaba el odio y el repudio.

Creo que, entre otros méritos, "El postino" pasará a la historia del cine como la primera película norteamericana procomunista. Y eso significa que el comunismo está muerto, porque, como aprendemos a diario leyendo las notas necrológicas en los periódicos, no hay muertos malos.